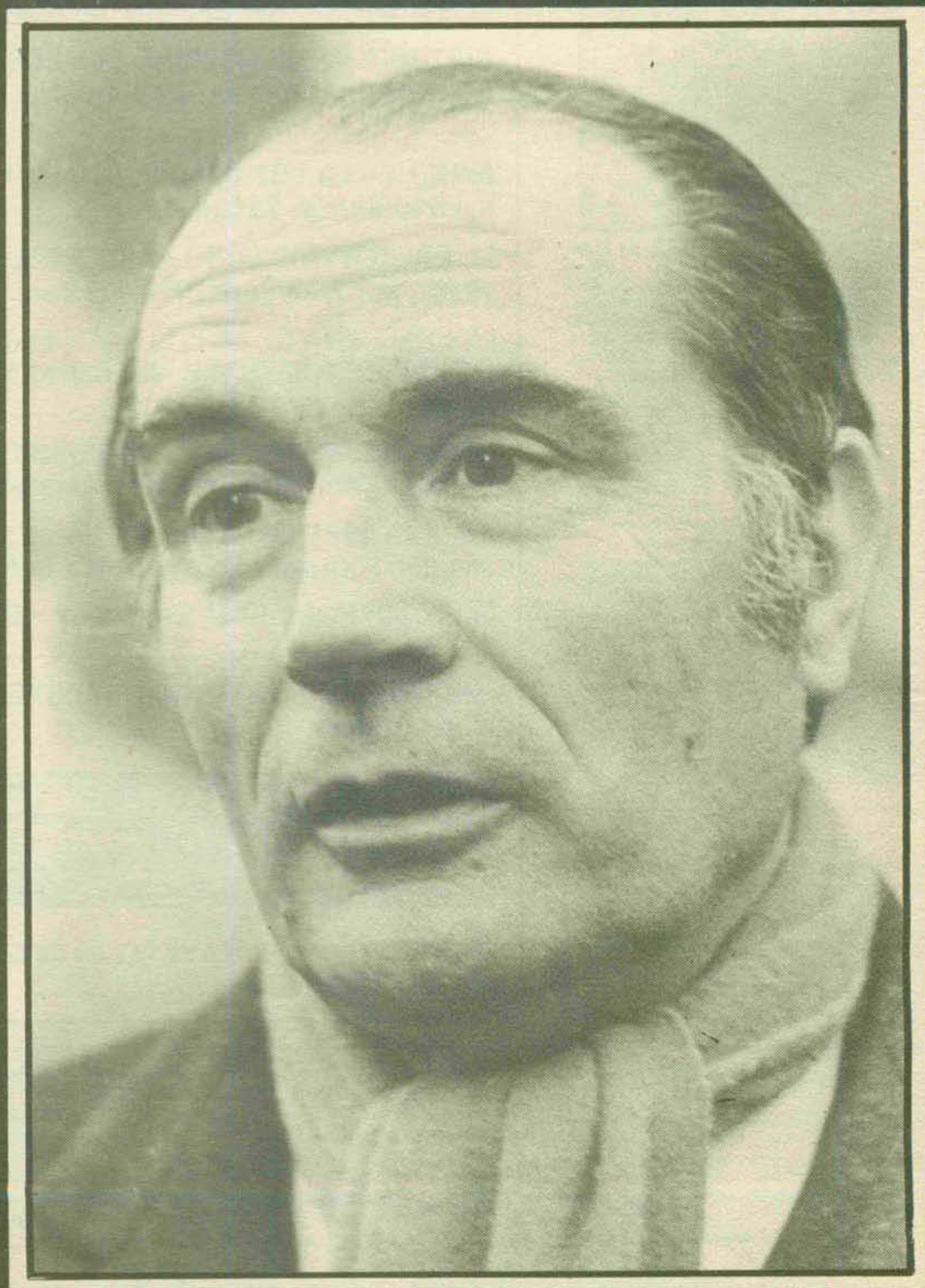


La Era de Mitterrand

*«La derecha
vive de
imponerse,
la izquierda
vive de
convencer».*
Alain



José
María
Solé
Mariño

EL JOVEN MITTERRAND

El año 1916, en que nace François Mitterrand en la agrícola región de Charente, es el año de las grandes batallas en las trincheras. El hijo del funcionario de ferrocarriles ve así la luz durante una de las mayores pruebas que ha soportado su país. Dos años antes había sido asesinado Jean Jaures, cerebro del socialismo pacifista galo. León Blum le ha sucedido a la cabeza del movimiento (1). Mientras tanto, la guerra se ceba en la población francesa y en sus propiedades. Los primeros años de François Mitterrand coinciden en el mundo con la caída de los sistemas imperiales autocráticos; con las revoluciones proletarias que amenazan a toda Europa; con la crisis general de valores dentro del ámbito cultural en que está incluido su país. Tiene trece años cuando el desastre financiero de 1929 contribuye a sentar las bases para el florecimiento de los regímenes de fuerza sobre el mundo. A los veinte observa el incendio de la guerra civil española.

La Francia exasperada de los años treinta se desliza por la inoperancia hacia el desastre en medio de una voluntaria ignorancia de los problemas que van socavando una falsa seguridad que oculta a su declinante poderío. Junio de 1936 ve el despertar enfervorizado de las clases obreras francesas. Blum, el líder socialista, llega a la presidencia del Consejo y da con ello comienzo la etapa del Frente Popular. La izquierda, unida por primera vez, intenta transformar a Francia. Pero el momento europeo no admite estos experimentos. Mientras las huelgas, las nuevas leyes sociales, la huida de capitales y la retracción del capital frenan la producción francesa, Alemania refuerza su poderío económico y militar. Cuando, en la primavera de 1940, el ejército alemán atraviesa las fronteras de Francia, ésta ni siquiera se defiende apenas y solamente busca una solución rápida a los problemas del momento. El Frente Popular es solamente un recuerdo, denostado por las clases conservadoras ante el temor sentido por éstas durante los pocos meses en que se mantuvo en el poder. Para la izquierda, representa el dolor por la ocasión perdida y quizá nunca vuelta a recuperar (2).

La Francia dividida y ocupada servirá en muchos casos de catalizador de actitudes políticas para el futuro. La tan mitificada **Re-**



Mitterrand con sus abuelos Lorrain.

sistencia será campo de cultivo de políticos para el régimen que sustituya al de ocupación y colaboración. François Mitterrand será uno de ellos. Es poco conocida su vida privada, y sobre todo sus primeros años. Antes de la guerra se ha licenciado en Derecho y Ciencias Políticas, las dos carreras para la élite francesa con aspiraciones de actuación pública. Por su actividad en la lucha obtiene la **Legión de Honor**. Pero tampoco se sabe exactamente la actuación que hubiera podido tener en este aspecto, ni siquiera después de haber sido cabeza de la oposición al Gobierno durante los últimos lustros. Con la liberación, el joven Mitterrand se integra dentro del sector gobernante. Son los primeros pasos de una dilatada y compleja carrera política.

LA CUARTA REPUBLICA

La resistencia ante la ocupación, que había mantenido unidas —más o menos precariamente— a todas las tendencias contrarias a la colaboración, desde los comunistas hasta los conservadores, conoce el final con la paz. Y con ella el término del entendimiento. Sobre este punto, Jean Desfrasne anota: «La

(1) Ver «León Blum, humanista y político». *TIEMPO DE HISTORIA*, núm. 65. Abril de 1980.

(2) Ver «Junio de 1940. La caída de Francia». *TIEMPO DE HISTORIA*, Núm. 67. Junio de 1980.



Mitterrand (con el balón), en 1929. En el equipo de fútbol del Colegio St. Paul de Angulema.

resistencia había sido ante todo un estado de ánimo. Con la liberación, las divisiones reaparecen». Con toda lógica.

El partido socialista, la vieja SFIO, ya no se recupera del mal paso dado en Vichy, cuando en julio de 1940 una gran mayoría de sus diputados votan favorablemente a la entrega de poderes al mariscal Petain. Es el PC, creciendo sin cesar y con su trayectoria de principal fuerza de la resistencia como aval, unido a su organización y disciplina, quien ocupa el primer puesto en la izquierda. Será a esta izquierda dividida a la que el Gobierno del general De Gaulle, en la euforia de la liberación, arrebate realizaciones básicas tales como nacionalizaciones y medidas sociales que ocho años antes hubieran parecido preceder a una colectivización total del país. François Mitterrand, nombrado secretario general de Prisioneros y Deportados, inicia su vida política a la sombra admirada del general. Jean Touchard señala que existen de esa época testimonios suficientes para afirmar los vivos deseos del joven político de llegar a ser nombrado ministro del gabinete, empeñado ahora en una política que podría ser calificada como de netamente progresista.

La marcha del general De Gaulle en enero de 1946 marca el fin del predominio de la izquierda como vértice del poder en Francia. La guerra fría ya está trazada en el ambiente. Socialistas y comunistas se distancian aún más, con lo que las posibilidades de las fuerzas conservadoras aumentan vertiginosamente. La radicalización es general, Ni siquiera el propio Blum, el único de los gran-

des políticos de la preguerra vuelto a la política activa, consigue evitar el viraje hacia la izquierda que experimenta su partido. Pero todavía en ese año de 1946 los socialistas son la fuerza política más activa del país. Socialista es Vincent Auriol, presidente de la República. Y el mismo Gobierno está prácticamente dominado por socialistas. Pero el socialismo francés está ya desgarrado por la disidencia de Guy Mollet, partidario de una radicalización de posturas que, apoyada por los sectores más progresistas, busca de nuevo el socialismo integral, muy lejos del humanismo socialista preconizado por las viejas figuras.

En mayo de 1947, presente ya el entretamiento Este-Oeste, las grandes huelgas inspiradas por el PC sirven de pretexto inmediato al Gobierno Ramadier para expulsar del gabinete a los ministros comunistas. Es el fin de la unión de la izquierda. Europeísmo y atlantismo, unidos a anticomunismo, serán las constantes en la política socialista durante los primeros años cincuenta.

EL MINISTRO

A mediados de la década, François Mitterrand, que no se ha alejado de los centros del poder, a pesar de haber sido apartado por De Gaulle debido a veleidades izquierdizantes nunca bien aclaradas, jugará un papel político importante bajo la dirección de Pierre Mendes-France. Este conocido político, de prolongado e irreprochable historial, viene a representar en junio de 1954 una nueva oportunidad para Francia de renovar sus estructuras y solucionar los problemas coloniales asiáticos y norteafricanos, que ya comienzan a determinar la política interior de la metrópoli. Mitterrand es ahora ministro del Interior, y partidario de posturas abiertas en Indochina, pero defensor del mantenimiento de la presencia francesa en todo el norte de Africa. Nueve meses más tarde, Mendes-France dimite ante el fracaso de su política. La definitiva rebelión argelina, que ha estallado en el otoño anterior, es el contrapunto colonial a la salida francesa de Indochina, que aparta al país de los subsiguientes problemas del Sudeste asiático tras los desastres morales y militares que jalonan los últimos años de su presencia en el Lejano Oriente.

Durante diez años —entre 1947 y 1957—, François Mitterrand ocupa diferentes Carteras en once gabinetes, participando muy ac-



Mitterrand, en 1943, con su padre Joseph Mitterrand.

tivamente y con gran conocimiento del terreno en la profunda trama de intrigas y cabildos que jalonan la vida política de la Cuarta República. Líder de un pequeño partido —la **Unión Democrática y Socialista de la Resistencia**— que agrupa a personas como Pleven y Soustelle, Mitterrand participa en todos los Gobiernos de tendencia izquierdista durante la corta vida del régimen. Como telón de fondo, la guerra de Argelia y sus posibles soluciones provoca fuertes reacciones en el seno del Gobierno. Mendes-France dimite de su puesto ministerial en el gabinete de Guy Mollet, como protesta contra la dura represión ejercida sobre los insurrectos argelinos. Más hábil y flexible, Mitterrand, sin salir del Gobierno, adopta una cierta actitud crítica con respecto a la política del primer ministro. Mitterrand, contrario al abandono de Argelia, y a pesar de reprobar las tendencias de los colonos europeos y la represión llevada a cabo por el ejército francés, espera todavía poder hallar una salida válida al problema, que ya amenaza a las mismas entrañas de la vida social y política de Francia.

Pero el régimen republicano está ya herido de muerte. La izquierda, debilitada, no es capaz de sostener a la República, para la que sus numerosos enemigos buscan rápidamente un sustituto. Mientras el general De Gaulle, saliendo de su retiro, se ofrece una vez más como salvador de Francia, los socialistas entran en el Gobierno Pfflimlin, el último de la Cuarta República, buscando hasta el último momento una solución aplicable antes que cualquier recurso de fuerza, que se adivina en el horizonte. Argelia va a ser el **detonante próximo** que acelere la larga descomposición política del régimen, modelo de sistemas políticos inestables por defecto de

nacimiento institucional. Pocos días antes de la asunción por el general De Gaulle de los poderes políticos ante la Asamblea, la última manifestación de la izquierda durante el siguiente decenio reúne en las calles de París a más de cien mil personas. Para los socialistas es la despedida del protagonismo político.

En la sesión de investidura del general —el 1 de junio de 1958— François Mitterrand, junto con Defferre, Mendes y Pineau, niegan su voto afirmativo al ascenso —que califican de falta de legalidad— del militar a la suprema magistratura del Estado. Pero la caída de la izquierda es ya un hecho irreversible. Ante la profunda división que sufre, se dibuja sobre el horizonte la dilatada etapa gaullista, encabezada y organizada directamente por el hombre que, una vez más, quiere demostrar su personalidad **providencial** para Francia (3). No solamente los efectivos partidarios del general, sino también extensos sectores de la sociedad francesa, están convencidos de que el país ha sido salvado de nuevo del desastre. Las sucesivas consultas electorales —elecciones legislativas y presidenciales, generales y locales, además de los repetidos referéndums— pondrán de manifiesto durante una década este refrendo de una parte considerable del pueblo francés a la política nacionalista y conservadora desarrollada por el solitario de Colombey.

(3) Ver «A los diez años de la muerte de Charles De Gaulle», *TIEMPO DE HISTORIA*, Núm. 71. Octubre de 1980.



Mitterrand y Pierre Mendes-France.



Mitterrand (en el centro de la fotografía), con Guy Mollet (con gafas) y Gastón Defferre.



Vincent Auriol, presidente de la IV República (de 1947 a 1954).

LA QUINTA REPUBLICA

La primavera del año 1958 había encontrado a Francia al borde del enfrentamiento civil. El país, laboratorio de experimentación política de Europa desde siglo y medio antes, no encontraba su camino de la mano de un régimen débil e ineficaz políticamente. La Francia de la IV República conoce, junto a un alto dinamismo económico, una casi total paralización en el aspecto político. A lo largo de los doce años de su existencia el régimen conoce la formación de veintiún gobiernos. La misma trayectoria política de François Mitterrand podría hacerle servir como prototipo del político de la época. peón de una complicada serie de combinaciones que juega con las mismas personas a través de diferentes formaciones y carteras ministeriales. La persistente inestabilidad, considerada casi como una constante y elemento natural de la vida política, había provocado un descrédito total sobre quienes en ella participaban. Para la población, los políticos de la IV República no eran distintos —y en muchos casos los mismos— de los que antes de la guerra habían facilitado el derrumbamiento del país ante el invasor.

Por todo ello, si en 1940 un alto porcentaje de franceses había saludado el ascenso al poder del anciano mariscal Petain, ahora, en 1958, en circunstancias difíciles pero no tan dramáticas, la vuelta al poder de otro militar prestigioso situaba de nuevo los destinos de Francia en manos de una personalidad auto-

ritaria, que a los ojos de la amplia mayoría conservadora serviría para detener la gangrena que a su vista corroía el cuerpo político del país, amenazándolo con las siempre temidas convulsiones de carácter social. El aspecto económico es tranquilizador e incluso optimista, lo que permite a la burguesía Francia de 1958 disfrutar de un aceptable nivel de vida medio. De Gaulle será la persona elegida para preservarlo y, a lo largo de once años de gobierno personal, las grandes capas de la derecha le renovarán una y otra vez su confianza, hasta el momento en que su desgaste sea tan evidente que se observe la necesidad de un cambio dentro de la misma línea, por supuesto.

Durante estos once años, el general De Gaulle será la cabeza indiscutida de este régimen por él creado. Será el cerebro de este sistema que el profesor Duverger denomina **Monarquía republicana**, y que para su brillantez se beneficia de los logros económicos obtenidos por su denigrada predecesora. Karl Deutsch, con los epígrafes con que en sus obras estudia al régimen creado por De Gaulle, hace una clara aproximación a la realidad del sistema: «Todo el poder para el Ejecutivo. Una legislatura encadenada. Un poder judicial marginado». Podrían añadirse todavía muchas más notas definitorias sobre esta especie de dictadura constitucional. Bajo la fuerte presión de la corriente conservadora, la posición de la izquierda francesa es precaria durante los sucesivos períodos presidenciales del general De Gaulle. Buena demostración es la continuación de la trayectoria política de François Mitterrand. Las

instituciones de la V República sirven como freno a cualquier transformación demasiado pronunciada. Y de hecho —en parte creadas con esa finalidad— constituyen un dique insalvable para las fuerzas de izquierda durante veintitrés años.

CREER EN LA JUSTICIA Y CREER EN LA FELICIDAD

Desde los primeros momentos, el conservadurismo autoritario que se implanta en el país favorece todavía más la ya existente desunión y desorientación de los partidos de izquierda. El mismo partido socialista histórico SFIO conoce la escisión. Todo el país está inclinado a la derecha. Las primeras elecciones legislativas bajo el nuevo régimen dan 206 escaños al partido gaullista UNR; 44 a los socialistas y solamente 10 al extendido PCF. Esta relación numérica sirve para acercarse a la realidad política del momento, teniendo en cuenta además la debilidad del poder legislativo frente a la preponderancia de un Ejecutivo más fuerte que en ningún otro sistema político de democracia occidental. Pero, contrariamente a la situación que había conocido el Frente Popular, con un Senado convertido en refugio de reaccionarios dispuestos a poner trabas a toda medida progresista, la Cámara alta será durante la época gaullista un centro de moderada oposición izquierdista al régimen, siempre dentro de los estrechos límites que permitía la Constitución en vigor.

El referéndum celebrado en 1962 sobre la autodeterminación de Argelia obtiene —es importante anotarlo— un noventa por ciento de los votos de la izquierda en sentido afirmativo. Los teóricos enemigos daban ahora la razón al general. Parecía en efecto como si su nueva presencia en la arena política fuese de verdad imprescindible al lograr solucionar pacíficamente un problema que tres años antes parecía haber colocado al país ante el riesgo cierto de un conflicto civil. En esos primeros años sobre todo, el reforzamiento del gaullismo corresponde a la creciente debilidad de las fuerzas de izquierda. François Mitterrand, desde su posición de influencia dentro de ellas, propugna continuamente la unión como única salida válida a la situación dentro de la legalidad vigente. Pero esto se manifiesta imposible en repetidas ocasiones. Será esta unión, que casi termina presentando caracteres utópicos, la

gran obsesión de Mitterrand durante estos dos decenios.

Mientras, el *Jefe del Estado prosigue* uniendo al pueblo a su alrededor y parece muy próximo a encarnar en exclusiva la idea de la Patria, tan querida por los franceses de todo nivel. Los graves defectos de su política quedan ocultos por las realizaciones de gran brillo. La búsqueda por De Gaulle de la expresión directa del apoyo popular con que cuenta servirá a François Mitterrand para hacer su presentación política al más alto nivel nacional. El general consigue la transformación del modo de elección del Presidente de la República, que pasa a ser ahora por directa votación popular, ante las inatendidas protestas de las fuerzas progresistas que ven un paso más en el reforzamiento del poder ejecutivo en detrimento del legislativo, que ve cada vez más reducidas sus ya contadas prerrogativas. La izquierda, ante el retroceso que observa en el favor popular, consigue un cierto acuerdo sobre la persona que se presentará a la elección presidencial. Desechado Gastón Defferre, alcalde de Marsella, por falta de consenso, será François Mitterrand quien pretenda coronar su carrera política compitiendo por el Elíseo en



René Coty (presidente de la IV República, de 1954 a 1959) y Charles de Gaulle (presidente de la V República, de 1959 a 1969).

una pugna que, dada la personalidad y situación de su contrincante, parece perdida de antemano.

Ferviente partidario de la unión de las fuerzas de la izquierda, este enemigo de la Constitución de 1958 logra el respaldo del PCF. Parece aproximarse ahora una era de relajamiento entre la izquierda, siempre desunida y recelosa. Durante la campaña electoral, Mitterrand afirma: «Creer en la justicia y creer en la felicidad, es el mensaje de la izquierda». Con un estilo y unas imágenes de alto nivel, la figura de Mitterrand va ganando adeptos entre el electorado. También en esta ocasión se intenta ofrecer la alternativa de izquierda como la solución a las injusticias y desajustes de la sociedad inmovilista francesa. Y como en junio de 1936, las masas se lanzan a apoyar esa posibilidad. Es en esos momentos cuando François Mitterrand publica una de sus obras más conocidas, **El golpe de Estado permanente**, donde describe con toda crudeza la organización política impuesta por la V República, a la que viene a calificar con el título que da a su escrito como la institucionalización de una ilegalidad apoyada por un electorado mediatizado por la propaganda del régimen, que tiene en la izquierda a su víctima propiciatoria.

EL CANDIDATO

Después de su trayectoria bajo la anterior República, y tras su prolongada presencia en los escaños de la Cámara, Mitterrand se lanza por fin a la conquista del sillón presi-



La «tournée» por las tabernas es una tradición de la Francia electoral. Mitterrand bebe con sus electores.



Georges Pompidou (presidente de la V República, de 1969 a 1974) y Valéry Giscard d'Estaing (presidente de la V República, de 1974 a 1981).

dencial a fines del año 1965. En la primera vuelta de las elecciones, el día 5 de diciembre, el general De Gaulle, a pesar de contar con todos los resortes de la propaganda que le proporciona el Estado, obtiene solamente un cuarenta y cuatro por ciento de los votos. Mitterrand logra un treinta y dos por ciento. En la segunda vuelta, con un De Gaulle profundamente dolido por verse obligado a precisar de esta reafirmación del apoyo popular, el general obtiene la victoria con el cincuenta y cinco por ciento de los votos. Pero Mitterrand ha conseguido aglutinar la voluntad de izquierdistas y descontentos hasta alcanzar un cuarenta y cinco por ciento del total de los votos. Antes de las consultas electorales, François Mitterrand había afirmado que «el combate entre gaullistas y antigauillistas no era más que el viejo combate de la derecha contra la izquierda». De hecho, el estudio sociológico de los votantes de uno y otro de los candidatos en esta primera confrontación directa de los dos grandes rivales no da la razón a esta simplificadora declaración. Señala Jean Touchard que en las elecciones de 1965, tres millones de antiguos electores de izquierda habían votado por De Gaulle, mientras que se habían inclinado por Mitterrand al menos dos millones de personas no clasificables políticamente como pertenecientes a la izquierda.

Todos los estudiosos del complejo fenómeno político que ha sido y es el gaullismo han coincidido en que ha propiciado unas transferencias de votos como nunca se habían observado en la historia constitucional de Francia. François Mitterrand ha conocido a lo largo de los años esta realidad innegable sobre su propia persona.

Después de esta importante victoria —que

no es solamente moral sino con efectivos resultados políticos de cara al futuro— la izquierda comienza a recomponerse y logra una mejora de posiciones en las elecciones legislativas de marzo de 1967. La dramatización de la situación, tan instrumentalizada por el gaullismo en el poder, ya no encuentra el mismo eco que años atrás. Parece que al fin la izquierda ha encontrado el camino que le permitirá acceder al poder para proceder a la transformación de unos ordenamientos que nunca ha admitido. Pero en 1968 llega la **Revolución de Mayo**. París estalla y arde de la mano de obreros y estudiantes, que se unen para enfrentarse a la organización social, al modo de vida, al orden económico, a la paralización política que propicia el viejo general... Para muchos observadores temerosos ha llegado la hora de la revolución social. Francia se sume en el caos y el desconcierto durante días enteros. Por increíble que pueda parecer en un país como ése, todos los soportes sociales parecen haberse hundido bajo la presión, muy localizada en el espacio, de la calle en rebeldía. Incluso una persona tan ponderada en sus juicios como el mismo Mitterrand no dudará en afirmar: «Desde el día tres de mayo, ya no existe el Estado».

Ante esta inesperada explosión, la izquierda—partidos y sindicatos— se mantiene apartada y aun hostil a la fácil y peligrosa aventura de encabezar el movimiento de protesta. Sus últimos éxitos dentro de la legalidad son demasiado frágiles para exponerlos en una situación que cuenta con una evidente carga de utopismo. Pero no faltan las imprudencias ni los riesgos inútiles. Mitterrand se ofrece como candidato a la Presidencia de la República junto a la formación de un Gobierno Mendes-France como única solución legal posible, tal como viene a apuntar Jean Lacouture tratando sobre esta cuestión concreta. La repulsa de los comunistas a esta propuesta se une enseguida al vuelco de la situación. El general De Gaulle domina de nuevo el poder, sabiendo que cuenta con el apoyo del Ejército, que no se ve precisado a intervenir. La hora de la locura colectiva ha pasado. Las grandes manifestaciones de apoyo al régimen son la manifestación externa de todo un electorado amedrentado ante el fantasma de la revolución, que han creído ver tan de cerca. Las elecciones legislativas que tienen lugar en la última semana de junio dan a la formación gaullista la mayoría absoluta (4).

(4) Ver «El Mayo francés». *TIEMPO DE HISTORIA*, Núm. 42. Mayo de 1978.

El miedo a una transformación violenta de las estructuras básicas del país, y un cierto apego por el régimen ya conocido, entregan al general De Gaulle la mayor proporción de votos que la derecha ha obtenido en Francia a lo largo de toda su historia constitucional y republicana. La izquierda, acusada por el Presidente de ser causante y fomentadora de los desórdenes, sufre el mayor descalabro electoral, todavía más grave por inesperado. La aparentemente pacífica y flexible sociedad francesa se revuelve rápidamente contra cualquier tipo de aventurerismo impuesto por minorías poco controladas y carentes de apoyo social. La retirada definitiva del general meses más tarde no viene a aportar ningún respiro a la destrozada izquierda, que todavía no sabe cómo recuperar el apoyo del desconfiado electorado, que parece volcado muy decididamente hacia soluciones continuistas.

En el seno de la izquierda socialista, la unificación se va consiguiendo gradualmente y sobre todo debido a la personalidad de Mitterrand, que es quien la propicia a partir de una Federación constituida cuatro años antes. Ahora, la unidad ha de lograrse a partir de cero. Mayo ha destruido la **Federación de la Izquierda Democrática y Socialista**.



Jean-Pierre Chevènement, François Mitterrand, Michel Rocard y Georges Marchais. (Caricatura de Wiaz).

BAJO EL GAULLISMO SIN DE GAULLE

Tras la marcha del general, las tensiones entre socialistas y comunistas no cesan un instante. En las elecciones presidenciales, François Mitterrand no está presente. El relativo éxito del candidato comunista, Duclos, viene a corresponder al desastre de los aspirantes socialistas, Michel Rocard y Gastón Defferre. Georges Pompidou significará desde la Presidencia la continuidad en lo



El presidente Valéry Giscard d'Estaing (izquierda), saludando al candidato socialista a la Presidencia, François Mitterrand, al finalizar el debate radiotelevisivo que mantuvieron días antes de la segunda ronda de las elecciones a la Presidencia de la República, de la que saldría vencedor (el 10 de mayo) François Mitterrand.

esencial y una cierta apertura limitada, dentro del más clásico conservadurismo.

También en 1969, los socialistas buscan una nueva imagen, con lo que desaparece la histórica SFIO para dar paso a un Partido Socialista dinámico y encarado hacia el futuro. El 16 de junio de 1971, François Mitterrand es elegido secretario general del Partido. A pesar de la mayor potencia real del PCF, la alternativa socialista es contemplada por la derecha como una posibilidad a tener en cuenta, debido a la moderación con que rodea sus actos y declaraciones el PSF. Mitterrand es ya el líder indiscutido de la oposición. A su lado, Michel Rocard, dirigente del pequeño PSU, mantiene posturas más radicales. El PS va alcanzando importantes niveles de aceptación entre los grupos sociales de la burguesía progresista que admiten incluso su programa común de Gobierno, firmado con los comunistas en junio de 1972 como plataforma electoral.

A las elecciones legislativas de 1973, la izquierda se presenta, por vez primera bajo la V República, unida política y electoralmente. Alcanza un mayor número de votos —casi once millones— que las formaciones de la derecha —con apenas nueve y medio—. Pero la ley electoral está creada precisamente para beneficiar a los conservadores. Y los gaullistas siguen manteniendo la mayoría parlamentaria, presididos por el moribundo Georges Pompidou. Tras la muerte de éste, en abril de 1974, la Unión de la izquierda presenta, una vez más, a François

Mitterrand apoyado por Michel Rocard, como candidato a la Presidencia de la República. Valéry Giscard d'Estaing obtiene el triunfo por un margen que no alcanza el uno por ciento del número de votos. Nunca la izquierda había estado tan cerca del triunfo. Es la más palpable demostración de las ventajas de la unidad, que ya no parece causar temores irresistibles a un electorado políticamente maduro tras largos años de tutela paternalista.

Durante los primeros años de la presidencia de Giscard, continuador efectivo bajo otras formas de la obra del general De Gaulle, los socialistas, habiendo visto tan cerca el triunfo, procuran desatarse las manos de su ligazón con el PCF que cada vez abandona más los principios del eurocomunismo para entregarse a posturas cerradamente ortodoxas. En las legislativas de 1978, tras una dura campaña en los dos campos enfrentados, la Unión de la izquierda consigue quince millones de votos, pero no alcanza la victoria. Es la ruptura de la alianza: Por vez primera desde 1944, los socialistas consiguen un mayor número de votos que los comunistas. Los franceses de izquierda se decantan ya abiertamente por el moderantismo socialista personificado en el que aparece como eterno perdedor: François Mitterrand.

El septenato del presidente Giscard, que se había iniciado bajo auspicios de reforma y renovación, apoyado en una mayoría conservadora y centrista, va apartándose rápidamente de los gaullistas y de la izquierda al mismo tiempo. El decepcionante período que ha terminado el día 10 de mayo de 1981 es historia reciente. La vida política francesa, al margen de las naturales disputas, se ha visto envuelta en asuntos de todo tipo que recuerda los que jalonaron la última etapa de la tan denostada III República. La misma figura del Presidente, junto con las personas de su entorno, se han visto mezclados muy directamente en una serie de escándalos y situaciones de evidente corrupción que incluso el autoritarismo de su política no ha conseguido mantener ocultos durante los años que dura el excesivamente largo mandato presidencial que contempla la Constitución.

EL CAMBIO

Todos los tratadistas que se han acercado al estudio de las instituciones de la controver-

tida V República se esfuerzan repetidamente sobre el tema del cambio dentro del sistema, lo que denominan **alternance**. La izquierda, desde 1958, aun manteniendo firmemente posiciones de negativa a la aceptación tanto de las instituciones como de las sucesivas medidas económicas y de defensa, con su participación en el juego político, ha contribuido a la consolidación del régimen y en su dinámica interna. Paul-Marie de la Gorce y Bruno Moschetto, en una reciente obra sobre el régimen vigente en Francia, abordan el problema del cambio dentro del sistema partiendo de la premisa básica de la aceptación de esa posibilidad, que por pura lógica tiene que caber dentro de toda mentalidad democrática.

Tras las elecciones municipales de 1977, todos los sondeos dan con regularidad la mayoría a las fuerzas de la izquierda. En Francia, durante los últimos años la estabilidad política ha venido dada por la coincidencia entre la mayoría presidencial y la mayoría parlamentaria. Si en un momento dado, estas dos mayorías no coincidiesen sería de temer una paralización de la vida política del país. Este es el riesgo que se presenta de forma inmediata al vencedor del 10 de mayo. El fascinante experimento político que es la Francia de estos momentos cuenta además con elementos dramáticos de primer orden. La cuestión fundamental es si la entrada de la izquierda en el poder va a confirmar definitivamente la existencia de un régimen siempre contestado por esa misma izquierda, e incluso por las mismas personas desde los comienzos. En caso contrario, cabría preguntarse si el régimen soportaría el dominio de una mayoría que aparece como contraria a todos los principios que sirvieron para su establecimiento.

François Mitterrand, a su tercer intento, ha conseguido la Presidencia de la República, ante el júbilo de unos y el temor y la desconfianza de otros. No solamente Francia va a experimentar profundos cambios, sino que todo el panorama europeo se verá influenciado por este cambio fundamental. Tras esta tercera oportunidad —que sería la última—, Mitterrand introduce de nuevo en los más altos niveles de la vida política francesa la figura del humanista, del hombre de letras, el continuador de la larga tradición francesa del político ilustrado, que va más allá de posiciones ideológicas concretas, y que en este siglo puede agrupar a personalidades tan dispares como Jean Jaurés, León

Blum, Georges Pompidou, y aun al mismo Charles de Gaulle, gran escritor.

El hombre que comienza a gobernar a Francia en medio de una sombría crisis económica con todas sus secuelas, ha ofrecido a los electores la imagen de un cambio controlado. Poseedor del denominado **carisma democrático**, François Mitterrand ofrece una imagen personal e íntima muy poco destacada. El paseante solitario de las tierras llanas de las Landas ha vivido la campaña entre los apoyos y las condenas. De la postura desconfiada y reticente del sociólogo conservador Raymond Aron al aplauso deslumbrado del biógrafo político Lacouture, pasando por la apuesta favorable del más importante diario de Francia, **Le Monde**. El gran lector e infatigable escritor, cuidadoso del estilo, ha conocido en estas semanas los elogios de compañeros de letras tan alejados en todos los aspectos como el colombiano García Márquez y el alemán Gunther Grass.

Tras el período giscardiano, una era llena de esperanza parece abrirse ante los franceses, por voluntad de su cuerpo electoral. La figura de François Mitterrand, enigmática y atrayente, se presenta provista de las aptitudes necesarias para proceder a la transformación positiva de un régimen envejecido tras poco más de veinte años de trayectoria.

■ J. M. S. M.



François Mitterrand, nuevo Presidente de la V República.